

El Miedo.

Autor: Jaimeo

Categoría: Terror / miedo

Publicado el: 10/11/2015

El Miedo.

Miraba por su hombro y apresuraba su paso. Su respiración estaba agitada, no era para menos, era medianoche e iba subiendo la empinada calle camino al “Fundo Las Cruces”, debía pasar por allí para llegar a casa. Don Tato tenía más de cincuenta, pero su peso subido molestaba más que la cuesta.

Eran tanto los asaltos en ese sector que no se veía nadie en la lobreguez, pues había que ser idiota para exponerse a ese peligro.

Su corazón galopaba, casi paralizó cuando vio delante de él un individuo delgado, elegante, que caminaba como paseando. Pasó raudo y jadeante por su lado, de reojo lo espío; tenía el rostro casi blanco y alcanzó a percibir sus grandes ojeras. Le hizo una gentil inclinación con su bien peinada cabellera.

El viejo, disminuyó su rápido caminar, esperó al desconocido. Se presentó, diciendo que vivía pasado el cementerio; el extraño, sonriendo amablemente, comentó:

–¡Qué bien, somos casi vecinos! Soy don Seba. –Su voz era muy profunda, estrechó su mano derecha, fría como la de un muerto–. Tengo mi casa cerca, lo acompaño por lo menos un trecho.

Aliviado por su compañía, Tato le contó toda su vida, hasta el número de zapatos que calzaba. El otro escuchaba en silencio, seguramente era un caballero.

Llegaron al cementerio, el gordo se persignó con un estremecimiento; tenía pavor pasar por allí, sorprendido vio que don Seba se detuvo y sus ojos brillaron desde el fondo de sus cuencas ennegrecidas.

–Lo lamento don Tato, hasta aquí le sirvo de acompañante–. Le extendió la frialdad de su mano.

El terror se apoderó del viejo, con ojos desorbitados de miedo su corazón dio un salto; no supo en qué momento echó a correr. Brevemente miró y con espanto vio que el hombre atravesó la reja que cerraba el campo santo.

Su esposa, sentada frente a la puerta, no alcanzó a refunfuñar nada. Don Tato, pálido, dio unos pasos hacia ella y cayó pesadamente, expirando.

La viuda y otros familiares, en la salida del campo santo, daban las gracias a quienes los

acompañaron al funeral.

Ella, extrañada, observó al último de la fila, un señor delgado con una palidez cadavérica y de bien peinada cabellera.

–Señora, conocí a don Tato.

Estiró su huesuda y fría mano, saludándola.

–Soy el Administrador del cementerio.

Publicado bajo licencia [Creative Commons BY-NC-ND](#)

Enlace original del relato: [ir al relato](#)

Otros relatos del mismo autor: [Jaimeo](#)

Más relatos de la categoría: [Terror / miedo](#)

Muchos más relatos en: [cortorelatos.com](#)